

LAS CÁTEDRAS DE LA *INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA* DE BUENOS AIRES. CIENCIA Y EDUCACIÓN ENTRE ESPAÑA Y ARGENTINA, 1910-1940

Science and education between Spain and Argentina, 1910-1940. The university chairs of Buenos Aires' Institución Cultural Española

Rosario E. FERNÁNDEZ TERÁN y Francisco A. GONZÁLEZ REDONDO
Universidad Complutense de Madrid

Fecha de aceptación de originales: 9 de septiembre de 2009
Biblid. [0212-0267 (2010) 29; 195-219]

RESUMEN: Durante las primeras décadas del siglo XX España vivió la etapa de convergencia educativa, cultural y científica con Europa más singular de toda su historia, a través de novedades y reformas que, esbozadas en la normativa ministerial por García Alix en 1900, y culminadas con apuestas como la de la Junta para Ampliación de Estudios a partir de 1907, se constituyeron en modelo para numerosos países hispanoamericanos. En especial, la conmemoración en 1910 del centenario de la declaración de independencia de Argentina supuso el origen de una singular iniciativa de reencuentro de la emigración española y sus descendientes con una patria de origen que había sabido superar siglos de decadencia reencontrándose con Europa, proceso que se concretó con la creación de la Institución Cultural Española de Buenos Aires.

La ICE, por mediación de la JAE, instituyó y financió, sucesivamente, dos cátedras. En Buenos Aires, desde de 1914, la flor y nata del profesorado universitario español ocupó la «Cátedra de Cultura Española», alternando una personalidad de nuestras Letras con una figura de nuestras Ciencias. En Madrid, a partir de 1928, autoridades europeas de talla mundial se unían a científicos españoles dirigiendo la «Cátedra Cajal de Investigaciones Científicas».

Pero estas dos nuevas manifestaciones del esplendor de nuestra Edad de Plata sufrieron una trágica ruptura al desencadenarse la Guerra Civil en 1936. A partir de 1939, una nueva Institución Cultural Española se adaptaba a una España diferente a la que disfrutó el primer tercio del siglo XX, en la que la Junta para Ampliación de Estudios aparecía reencarnada en Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

PALABRAS CLAVE: Historia de la Educación, Historia de la Ciencia, Argentina, Junta para Ampliación de Estudios, Institución Cultural Española.

ABSTRACT: During the first decades of the twentieth century Spain experienced its most significant period of educational, cultural and scientific encounter with Europe in all its history. The new approaches and reforms, initially advanced by García Alix in 1900 and accomplished by the Junta para Ampliación de Estudios from 1907, became the model for many Latin-American countries. In particular, the celebration in 1910 of the centenary of the declaration of independence in Argentina became the origin for a very special initiative that rejoined Spanish immigrants and their descendants with the country of their ancestors, which by that time had learned how to overcome several decades of decline looking for Europe: the Institución Cultural Española at Buenos Aires.

The ICE, through the JAE, established and supported two successive university chairs. In Buenos Aires, since 1914, the most important Spanish University Professors sat at the «Cátedra de Cultura Española» alternating Humanities and the Sciences. In Madrid, from 1928, some European authorities joined Spanish scientists at the «Cátedra Cajal de Investigaciones Científicas».

These initiatives, which showed the splendour of what is being known as Spanish Silver Age, suffered a dramatic rupture with the outbreak of the Civil War. After 1939, a new Institución Cultural Española had to adapt itself to the new Spain, a very different country from the one they had met during the first third of the twentieth century, while the Junta para Ampliación de Estudios was reincarnated as Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

KEY WORDS: History of Education, History of Science, Argentina, Junta para Ampliación de Estudios, Institución Cultural Española.

1. Una primera visión de conjunto

EN 1910, TRANSCURRIDOS POCO MÁS DE DIEZ AÑOS desde el «desastre del 98», las diferentes repúblicas hispanoamericanas comenzaban a conmemorar los Centenarios de sus respectivas declaraciones de independencia, adhiriéndose la antigua metrópoli a las distintas y sucesivas celebraciones con importantes delegaciones oficiales.

En el caso de Argentina (probablemente el más europeo de todos los países hispánicos y el que se encontraba en uno de sus momentos de mayor esplendor económico), el evento, los cien años de la Revolución de Mayo de 1810, iría acompañado de numerosos actos festivos y celebraciones, en las que participarían delegaciones de casi todos los países del mundo. Entre los eventos programados, destacaba el Congreso Científico Internacional Americano de Buenos Aires, auspiciado por la *Sociedad Científica Argentina*, a celebrar entre el 10 y el 25 de julio de ese año.

La misión oficial española se decidió que estuviera presidida por la infanta Isabel, quien ostentaría la representación del Reino en todos los actos. La delegación artística estaba encabezada por Gonzalo Bilbao y llevaba numerosas obras para una exposición sobre el arte español de la época¹. Para llevar al Congreso

¹ Trabajos básicos para conocer lo acontecido son los de ORTIZ, E. L.: «Las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Cultural Española», en SÁNCHEZ RON, J. M. (coord.): *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después, 1907-1987*, Madrid, CSIC, 1988a, vol. II, pp. 119-158;

Científico la delegación oficial de España, en general, y de la *Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*, en particular, se eligió a Leonardo Torres Quevedo, vicepresidente, además, de la *Junta para Ampliación de Estudios*².

Los ciudadanos argentinos de origen español que seguían considerando la antigua metrópoli como referencia radical constituían un núcleo con importante presencia en la vida económica, social y cultural bonaerense. En sus centros regionales y periódicos venían colaborando desde hacía algún tiempo Miguel de Unamuno, Adolfo González Posada y José Ortega y Gasset. Incluso en 1909 el catedrático de la Universidad de Oviedo Rafael de Altamira había sido invitado a la Universidad de La Plata para dictar un curso sobre «Metodología de la Historia»³.

Al día siguiente de la partida de la misión española, el conde de Romanones, a la sazón ministro de Instrucción Pública, firmaba la Real Orden sobre el fomento de relaciones científicas con los países hispanoamericanos, y, como continuación de la visita de Altamira, en mayo de 1910 la JAE otorgaba a Adolfo González Posada su representación en Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile con el objeto de que difundiera en todos esos países la labor que proyectaba emprender la *Junta*⁴.

Las iniciativas primigenias de Altamira y Posada⁵ y los proyectos de Torres Quevedo se concretaron con la creación de la *Institución Cultural Española de Buenos Aires*, gracias al impulso de nuestros emigrados con objeto de honrar la memoria de Marcelino Menéndez Pelayo tras su fallecimiento en 1912. Todo ello se hará de la mano del médico de origen santanderino Avelino Gutiérrez, y se concretará con el establecimiento de una «Cátedra de Cultura Española» de tema libre, de acuerdo con propuestas en terna a cargo de la *Junta para Ampliación de Estudios*.

ORTIZ, E. L.: «Una alianza por la Ciencia: las relaciones científicas entre Argentina y España a principios de este siglo», *Llull. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. II (1988b), pp. 247-261; y ORTIZ, E. L.: «Las Relaciones científicas entre Argentina y España: Convergencias institucionales entre 1870 y 1910», en *II Encuentro Hispanoamericano de Historia de las Ciencias*, Madrid, Real Academia de Ciencias (España)-Academia Nacional de Ciencias (Argentina) 1991, pp. 341-356.

² Una aproximación a estos primeros encuentros, desde la perspectiva histórica de las ciencias matemáticas, puede verse en GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «La Matemática española en Argentina, 1910-1940. De Leonardo Torres Quevedo a Luis A. Santaló Sors», en *Entre Argentina y España: unas historias matemáticas para el recuerdo*, Madrid, Federación Española de Sociedades de Profesores de Matemáticas, 2003a, pp. 5-36; y GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «La Matemática en el marco general de las relaciones científicas entre España y Argentina, 1910-1940», *La Gaceta de la Real Sociedad Matemática Española*, vol. 6 (n.º 1) (2003b), pp. 243-266.

³ Véase ALTAMIRA, R.: *Mi viaje a América*, Madrid, Victoriano Sánchez, 1911.

⁴ Además de las referencias anteriores, sobre estos temas también deben consultarse los trabajos de FORMENTÍN IBÁÑEZ, J. y VILLEGAS SANZ, M. J.: *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992; OSSENBACH, G. y SOMOZA, M. A.: «Una aproximación al estudio de las relaciones e intercambios pedagógicos entre España e Hispanoamérica a través de la Junta para Ampliación de Estudios», en *XIV Coloquio Internacional de Historia de la Educación*, 2007; y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M.: «La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la *Institución Cultural Española de Buenos Aires*», *Revista de Indias*, vol. LXVII, n.º 239 (2007), pp. 81-102.

⁵ Véase PRADO, G. H.: «La Universidad de Oviedo, Rafael Altamira y la JAE: controversias en torno a la gestión de las relaciones intelectuales hispano-americanas (1909-1911)», *Revista de Indias*, vol. LXVII, n.º 239 (2007), pp. 33-58.

Prologada la iniciativa con un curso, precisamente sobre la obra de Menéndez Pelayo, a cargo de Ramón Menéndez Pidal (1914), la que puede considerarse propiamente como la primera «misión» correspondió a un hombre «de Letras», el filósofo José Ortega y Gasset (1915); la segunda a un científico, el matemático Julio Rey Pastor (1917). A ellos les seguirán Augusto Pi y Suñer (1919), Blas Cabrera Felipe (1920), Adolfo González Posada (1921) y un largo etcétera de personalidades que, con estas «embajadas», proyectarán hacia nuestros emigrados en América los logros de las Ciencias y las Letras españolas en pleno proceso de convergencia europea en el que estaban inmersos en el primer tercio del siglo XX.

Diez años después del fallecimiento de Menéndez Pelayo, y con motivo de los homenajes nacionales a Santiago Ramón y Cajal que se preparaban para honrarle en su jubilación, la colectividad española en Argentina emprendía una nueva iniciativa científico-cultural, la dotación de una nueva cátedra, ahora en España, que debía ocupar no un profesor español sino una figura científica extranjera de talla internacional: la «Cátedra Cajal de Investigaciones Científicas». Se concretaría, al finalizar los años veinte, en el entorno de la Sección de Rayos X del *Laboratorio de Investigaciones Físicas* de la JAE, dirigida por el catedrático de Termología de la Universidad Central, Julio Palacios Martínez.

Pero estas iniciativas de nuestros emigrados en Argentina se encontraron a partir del 18 de julio de 1936 con la «tragedia de España». El profesor elegido por la JAE para ocupar la Cátedra de Cultura Española durante el verano de 1936, precisamente Julio Palacios, tenía preparado el pasaje de barco y el pasaporte para viajar a Argentina. Por razones obvias, dicho viaje no se pudo realizar.

Sin embargo, cuando tras la Batalla del Ebro la Guerra Civil se encaminaba hacia un final anunciado, la comunidad española en Argentina comenzó a movilizarse desde la *Institución Cultural* para retomar los contactos con España interrumpidos por el conflicto. No se trataba ya, solamente, de renovar las relaciones culturales, sino de adaptarse a una realidad política ante la que los emigrados tenían que posicionarse. Quizá no por casualidad, para esta nueva etapa que iba a comenzar inexorablemente la ICE actuaba con un «como decíamos ayer» y reiteraba la invitación a Julio Palacios para ocupar la Cátedra de Cultura Española. Efectivamente, antes de terminar 1938, la *Cultural* se dirigía a Palacios por mediación del matemático español más relevante de nuestro primer tercio del siglo XX, residente en Argentina desde los años veinte, como era Julio Rey Pastor.

El viaje de Palacios se realizó finalmente en el verano de 1939, con una «nueva España» en organización y con el físico aragonés convertido en la figura de referencia de toda la Ciencia española de la inmediata posguerra: director del *Instituto Nacional de Física y Química*, vicepresidente del *Instituto de España* (de hecho, presidente efectivo, pues Manuel de Falla, designado para la presidencia, nunca llegaría a tomar posesión del cargo), vicerrector de la Universidad Central, etc. Las tareas de Palacios en Argentina y Uruguay, como es natural, excedieron las ocupaciones docentes propias de la cátedra que iba a ocupar⁶.

Pero volvamos al principio y desarrollemos con más detalle todas estas cuestiones.

⁶ Algunas cuestiones relevantes para este estudio se adelantaron en GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «La reorganización de la Matemática en España tras la Guerra Civil. La posibilitación del retorno de Esteban Terradas Illa y Julio Rey Pastor», *La Gaceta de la Real Sociedad Matemática Española*, vol. 5 (n.º 2) (2002), pp. 463-490; y en GONZÁLEZ REDONDO, F. A.; FERNÁNDEZ TERÁN, R. E. y GONZÁLEZ

2. Las relaciones culturales entre España y Argentina a comienzos del siglo XX

Como acabamos de adelantar, durante la conmemoración del Centenario de la independencia de Argentina iba a celebrarse, junto con otros eventos como el Congreso Interamericano de Estudiantes o el Congreso Pan Americano, una reunión a la que se concedió preeminencia por ley nacional, el Congreso Científico Internacional Americano de Buenos Aires, auspiciado por la *Sociedad Científica Argentina*. Y para presidir la delegación científica oficial de España, en general, y de la *Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* de Madrid, en particular, se eligió a Leonardo Torres Quevedo.

Efectivamente, dos eran las personalidades científicas de talla internacional que podían haberse seleccionado: el ingeniero montañés o el Premio Nobel de Fisiología y Medicina Santiago Ramón y Cajal. Pero la elección de D. Leonardo parecía la más oportuna para un país en construcción como la Argentina del cambio de siglo, que no tenía ni había «necesitado» filósofos, matemáticos o físicos teóricos (sino ingenieros civiles o industriales), ni biólogos (sino médicos profesionales de la sanidad), ni naturalistas eruditos (sino ingenieros agrónomos o veterinarios).

La expedición partió de Cádiz, a bordo del «Alfonso XII», el 15 de abril de 1910, arribando a Buenos Aires el 18 de mayo. Otro barco, el «P. de Satrústegui», embarcaba quinientos enviados más, componentes de la delegación oficial de la Industria y del Comercio, además de incluir numerosos artistas. Y todas las crónicas parecen apuntar que el recibimiento global fue caluroso y con unas sorprendentes muestras de cariño que describía Torres Quevedo años después como sigue⁷:

Recibieron a la Infanta en Buenos Aires con un entusiasmo indescriptible, que no entibió un solo instante durante su permanencia en aquella Metrópoli, y nos recibieron a los españoles de la Misión con repetidas demostraciones de simpatía nunca bastante agradecidas, sobre todo porque pusieron en sus agasajos, no la cortesía ceremoniosa que se ofrece al extraño, sino aquel afecto franco y cordial que se reserva a los parientes y amigos.

Todo ello en el seno de las celebraciones de la Independencia, con unos españoles que destacaban en sus intervenciones que se había enviado a una mujer (la Infanta), en tanto que su más alto representante, «como una forma de expresión del amor de un pueblo al otro», y en un contexto sociopolítico argentino extremadamente delicado, con un gobierno que vivía sus últimos meses, huelgas, represión violenta y la Cámara de Diputados debatiendo la instauración de la Ley Marcial.

REDONDO, A.: «El papel de Julio Palacios en la reorganización de la Ciencia española tras la Guerra Civil», en GONZÁLEZ DE POSADA, F. et al. (eds.): *Actas del IV Simposio «Ciencia y Técnica en España de 1898 a 1945: Cabrera, Cajal, Torres Quevedo»*, Madrid, Amigos de la Cultura Científica, 2004, pp. 109-130. Un panorama general sobre la realidad de la época puede verse en NARANJO OROVIO, C.: «Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos», *Revista de Indias*, vol. LXVII, n.º 239 (2007), pp. 283-306.

⁷ Así puede leerse en TORRES QUEVEDO, L.: «Discurso», en *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de Don Leonardo Torres Quevedo*, Madrid, Real Academia Española, 1920, pp. 5-14. Las citas entrecorridas que podrán leerse en los siguientes párrafos están tomadas de este mismo discurso.

Por lo que se refiere al Congreso, se había concebido con una estructura semejante a la que desde 1908 caracterizaría las reuniones de la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*. Las secciones (incluyendo el número de trabajos presentados en ellas) fueron: 1. Ingeniería (54 comunicaciones); 2. Ciencias Físicas y Matemáticas (32); 3. Ciencias Químicas (31); 4. Ciencias Geológicas y Ciencias Geográficas e Históricas (74); 5. Ciencias Antropológicas (62); 6. Ciencias Biológicas (62); 7. Ciencias Jurídicas y Sociales (29); 8. Ciencias Militares (32); 9. Ciencias Navales (32); 10. Ciencias Psicológicas (65); 11. Ciencias Agrarias (68). En total, el número de inscritos ascendió a 1.495. Por lo que respecta a los españoles, se registraron cinco instituciones (la *Real Academia de Ciencias* de Madrid y los cuatro *Institutos* generales y técnicos gallegos) y una persona a título individual (Torres Quevedo), aunque constaban como Universidades «incorporadas» al Congreso las de Barcelona, Granada, Central de Madrid, Oviedo, Salamanca, Santiago de Compostela, Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza⁸.

En 1910 Torres Quevedo tenía un prestigio internacional como ingeniero y matemático aplicado sin igual en el panorama hispánico. Sin embargo, su participación en el Congreso Internacional distó mucho de limitarse a lo meramente protocolario o de revisión descriptiva de una obra personal excepcional (máquinas algébricas, transbordador, telekino, dirigibles, etc.). Es verdad que se le concedió el honor —al igual que a Vito Volterra y al ingeniero argentino Luis A. Huergo—, de dictar uno de los tres Discursos públicos inaugurales; y aprovechó la oportunidad para destacar el papel del idioma, la «sangre» y la historia común que debían presidir las consideraciones en torno a las relaciones entre España y Argentina, cuestión capital cuando de estudiar el inicio de la institucionalización de esos contactos se trata. Presentó además, en la *Sociedad Científica Argentina* —junto al también ingeniero argentino Santiago Barabino—, el proyecto de una *Unión Internacional de Bibliografía y Tecnología Científicas*, iniciativa que le abrirá en 1920 las puertas de la *Real Academia española* y culminará muchos años después (tras ser retomado, entre otros, por José A. Sánchez Pérez y Julio Palacios), con la edición del *Vocabulario Científico y Técnico* de la *Real Academia de Ciencias*⁹.

El insigne sabio español también aprovechó la conferencia que debía pronunciar como presidente de la Sección de Ingeniería del Congreso, para presentar un trabajo científico completamente original, una revolución mundial en el ámbito de las máquinas de calcular, bajo el título de «Sobre un nuevo sistema de máquinas de calcular electromecánicas». Presentaba en Argentina, ni más ni menos, los primeros diseños de un ordenador electromecánico de concepción digital que se publicaban en el mundo, prólogo a sus *ajedrecistas*, a la obra cumbre de la Historia de la Ciencia española, sus *Ensayos sobre Automática*, y preludio de su *aritmómetro electromecánico*, el primer ordenador en sentido actual del mundo¹⁰.

⁸ Puede verse un panorama general acerca del Congreso, con la perspectiva de los años transcurridos, en ORTIZ: 1988a y 1988b, *op. cit.*

⁹ Véase BARABINO, S. E. y BESIO MORENO, N. (eds.): *Congreso Científico Internacional Americano. 10 a 25 de julio de 1910*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 1910. También HERRERO DUCLOUX, E.: «El Congreso científico internacional de Buenos Aires», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid*, vol. 9 (1910), pp. 273-278.

¹⁰ Todas estas cuestiones se tratan pormenorizadamente en GONZÁLEZ DE POSADA, F.: *Leonardo Torres Quevedo*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1992; y en GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: *Leonardo Torres Quevedo*, Madrid, AENA, 2009.

Retomando el hilo central de este trabajo, debemos recordar que los ciudadanos argentinos de origen español que seguían considerando la antigua metrópoli como referencia radical constituían un núcleo con importante presencia en la vida económica, social y cultural bonaerense. Una vez consolidada la independencia, durante la segunda mitad del siglo XIX se fueron creando sociedades de ayuda mutua (como la «Asociación patriótica»), centros regionales (como el «Centro Gallego») y periódicos (como el *Diario Español*). Autores como Miguel de Unamuno o Adolfo González Posada (después también Ortega y Gasset) colaboraban con numerosos artículos y se constituían con sus escritos y opiniones en «alimento espiritual» de la comunidad española en Buenos Aires que fortalecía, así, sus lazos con España.

En esta línea, la Universidad de La Plata había invitado en 1909 al catedrático de la Universidad de Oviedo Rafael de Altamira y Crevea a dictar un curso sobre «Metodología de la Historia». Las lecciones que impartió incluyeron el análisis del problema de la proyección hacia el futuro de la historia común de España y Argentina desde la conquista a la independencia. Pero además de las colaboraciones personales individuales coyunturales, para Altamira parecía claro que los esfuerzos serían poco fructíferos si no se lograba una cierta unión estructural, preferiblemente entre instituciones sólidamente establecidas de las dos orillas de ese Atlántico de lengua castellana. Por el Viejo Mundo será la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas* la que acoja esas y otras ideas y asuma la responsabilidad de la tarea.

La JAE se había creado, bajo el Gobierno liberal del marqués de la Vega Armijo, por un Real Decreto de 11 de enero de 1907 (*Gaceta de Madrid* del 18 de enero de 1907) firmado por el ministro de Instrucción Pública Amalio Gimeno. Las funciones que atribuía el Decreto a la JAE eran las siguientes¹¹:

- 1º El servicio de ampliación de estudios dentro y fuera de España;
- 2º Las Delegaciones en congresos científicos;
- 3º El servicio de información extranjera y relaciones internacionales en materia de enseñanza;
- 4º El fomento de los trabajos de investigación científica; y
- 5º La protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior.

El nuevo Gobierno liberal constituido el 9 de febrero de 1910, presidido por José Canalejas, con Álvaro de Figueroa (conde de Romanones) en Instrucción Pública, continuará el período de expansión de la *Junta*. Se crearán, entre otros, el *Centro de Estudios Históricos* (R. D. de 18 de marzo de 1910), una Residencia y un *Patronato de Estudiantes* (R. D. de 6 de mayo) o el *Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales* (R. D. de 27 de mayo de 1910), integrando este último el *Laboratorio*

¹¹ Hoy existe abundante bibliografía sobre la *Junta para Ampliación de Estudios*. Nuestra propia aproximación puede verse en FERNÁNDEZ TERÁN, R. E. y GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en el Centenario de su creación», *Revista Complutense de Educación*, vol. 18 (n.º 1) (2007), pp. 13-34.

de *Investigaciones Biológicas* de Santiago Ramón y Cajal y el *Laboratorio de Investigaciones Físicas* de Blas Cabrera Felipe.

El 16 de abril de 1910 (y, por tanto, al día siguiente de la partida de la misión española encabezada por la infanta Isabel) firmaba Romanones la Real Orden sobre el fomento de relaciones científicas con los países hispanoamericanos (*Gaceta de Madrid* de 18 de abril). En su Preámbulo se sintetizaba con precisión el panorama en la época:

La favorable acogida que en todas las naciones ha tenido la idea del intercambio universitario con los centros docentes españoles, las manifestaciones de vivo interés hacia nuestra vida intelectual que en todas ellas se han expresado últimamente, los lazos creados con motivo de recientes viajes de Profesores españoles a aquellos países y los que se preparan con motivo de la celebración en Argentina y otros Estados, del Centenario de su Independencia, constituyen al Gobierno de S.M. en el deber de coadyuvar intensamente a que todo ese movimiento, de altísima importancia para España, se traduzca en resultados positivos y serios y no se desvanezca en explosiones puramente sentimentales o se agote en esfuerzos aislados.

Para ello, nada más eficaz que fomentar el estudio de los pueblos hispanoamericanos en la compleja variedad de su vida económica, social, jurídica, científica, literaria, etcétera, mediante la visión directa de la realidad presente, que nunca podrá ser sustituida por los libros; promover el cambio de publicaciones y la relación entre los Centros docentes, y ofrecer a la juventud de aquellos países la ocasión de unirse a la nuestra para trabajar en común en el progreso de la cultura de la raza.

Promulgada la Real Orden del 16 de abril de 1910, y enterado José Castillejo del viaje que preparaba a la Universidad de La Plata Adolfo González Posada, continuación de la visita de Rafael Altamira del año anterior, la JAE le otorgó su representación en Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile con el objeto de que difundiera en todos esos países la labor que proyectaba emprender la *Junta*, ratificándolo por Real Orden de 14 de mayo de 1910. En los tres meses largos que permaneció allí, Posada desarrolló una ingente tarea divulgadora, recibiendo sus iniciativas una calurosa acogida de las Universidades de La Plata y de Buenos Aires y de los diferentes Ministerios argentinos. De sus gestiones en general, y de su percepción de lo que estaba significando la presencia de Torres Quevedo en Argentina, da idea cabal la carta que enviaba a Castillejo, el 29 de junio de 1910, en la que escribe: «[...] De mis tareas nada le digo; en la carta al Sr. Cajal va todo. El Sr. Torres Quevedo se porta conmigo de una manera admirable: no puede darme ni más cariño, ni más apego, ni mayor desinterés y atención. Le estoy reconociéndoselo»¹².

A la vuelta de González Posada, los informes aportados¹³, que en esencia coincidían en sus contenidos con los de Altamira y con el Real Decreto de la *Junta*, constituyeron un cimiento más para la base sobre la que edificar la institucionalización de cualquier contacto sólido que pudiera establecerse, y que para él debía

¹² Una copia de esta carta nos fue proporcionada por Isabel Gutiérrez Zuloaga en Yaiza (Lanzarote), durante las sesiones del *III Simposio «Ciencia y Técnica en España de 1898 a 1945: Cabrera, Cajal, Torres Quevedo»* (2001). La carta completa se reproduce en CASTILLEJO, D. (ed.): *Los intelectuales reformadores de España. II El espíritu de una época, 1910-1912*, Madrid, Castalia, 1998, pp. 137-138.

¹³ Estos informes pueden verse en GONZÁLEZ POSADA, A.: *Para América desde España*, París, Ollendorff, 1910; y *En América. Una Campaña*, Madrid, Beltrán, 1911.

hacerse desde tres ámbitos: las publicaciones, las visitas o «misiones culturales» y las informaciones.

3. La «Cátedra de Cultura Española» en Buenos Aires

Ni las iniciativas de los catedráticos ovetenses Altamira y Posada, ni los proyectos de Torres Quevedo, entonces en la cúspide de su carrera, parecían concretarse. Sería el fallecimiento (ocurrido el 19 de mayo de 1912) del más querido y recordado por sus paisanos santanderinos, Marcelino Menéndez Pelayo, el que permitiera el deseado encuentro.

Sin embargo, no se puede hablar del ilustre polígrafo sin hacer alguna reflexión previa. Su figura suele relacionarse en todos los estudios que se hacen acerca de la Historia cultural española tomando como referente dos extremos temporales concretos: en primer lugar, la *Polémica de la Ciencia española* (durante el último cuarto del siglo XIX) con Echegaray de un Menéndez Pelayo defensor de una supuesta tradición científica española indiscutible, con las consecuentes tomas de posición del conjunto de la intelectualidad; por otro lado, la utilización de la exaltación de los valores tradicionales y católicos defendidos por Menéndez Pelayo como fundamento ideológico (a oponer a la que consideraban que había sido la obra nefasta de la *Institución Libre de Enseñanza*, causa de los males de España) de los grupos de pensadores en los que podían basarse los «contrarrevolucionarios», derrotados por las urnas en 1931, completamente desconcertados tras el imprevisto cambio de régimen, y que sirvieron para establecer los fundamentos ideológicos de la depuración del profesorado universitario y posterior «reconstrucción nacional» a partir de 1939¹⁴.

Esos dos momentos parecen animar a que se siga insistiendo en la existencia de dos únicas *Españas* claramente delimitadas y en permanente conflicto, como si entre medias no hubiera existido un 98 al que siguió un prácticamente unánime movimiento regenerador, la llegada al trono de Alfonso XIII dentro del esquema de alternancia de partidos tradicional, una Guerra Mundial entre 1914 y 1918, una Dictadura militar en España con la connivencia de la Corona y cuatro períodos diferenciados de una República (1931, 1931-1933, 1934-1935, 1936) que llevarían a una Guerra Civil española prólogo de la II Guerra Mundial. No, no había sólo dos *Españas* durante la polémica de la Ciencia española, ni había sólo dos *Españas* ante la Guerra Civil. La simplificación se ha venido basando en una realidad asumida tras la incivil contienda: en tiempos de conflicto no ha lugar para una equidistancia que desprecian y tienen que combatir ineludiblemente los dos bandos¹⁵. Blas Cabrera será un (¿el?) caso paradigmático de los problemas que sufrieron las *terceras Españas* (pues tampoco hubo una única tercera).

¹⁴ Así, puede verse el trabajo colectivo *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Prensa Española, 1940.

¹⁵ En este sentido, el físico Blas Cabrera se constituirá en el caso paradigmático del catedrático que, adoptando una actitud de equidistancia ante el conflicto, sufra la condena de los dos bandos. Puede verse FERNÁNDEZ TERÁN, R. E. y GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «Blas Cabrera y la Física española durante la Segunda República», *Llull. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 30 (2007), pp. 65-103.

Y lo oportuno de esta disquisición se entenderá conociendo los pasos que conduxeron a la creación de la *Institución Cultural Española*, que tienen su punto de partida en dos cartas sucesivas publicadas en *El Diario Español* de Buenos Aires, a los pocos días del fallecimiento de Menéndez Pelayo. En la primera (del 21 de mayo), Emilio Lattes Frías (discípulo del padre de D. Marcelino), proponía a la colectividad española la realización de diferentes actos en homenaje a su memoria. En la segunda (del 22), Avelino Gutiérrez (médico nacido en San Pedro de Soba, Santander y profesor en la Universidad de Buenos Aires), para recordar la significación y trascendencia de la obra de D. Marcelino, escribía¹⁶:

Menéndez y Pelayo, con don Joaquín Costa y don Benito Pérez Galdós, pero él más que ningún otro, son los tres ilustres españoles que nos han dado a conocer España tal cual es y no como nos la presentaba la aviesa cuanto maliciosa fantasía de los extranjeros y aun de algunos nacionales.

Esta sorprendente síntesis de personalidades tan dispares en un único mensaje, parecería que solamente podía ser aportada por un observador que, además de ser español, tuviera la perspectiva que da la lejanía impuesta por el océano Atlántico. Sin embargo, poco tiempo después, Adolfo González Posada escribía también en *El Diario Español*¹⁷:

Para la España que sueño el símbolo sería este español neto que se entera de cuanto pasa por el mundo y lo asimila [...] Es Menéndez y Pelayo uno de los hombres consagrados: sería pueril lanzarse a recordar su obra. Todas las gentes de mi generación nos hemos formado en la admiración hacia el sabio y gran escritor santanderino. Y eso que en peligro estuvimos de que el espíritu sectario de la «Izquierda» y de la «Derecha» nos hubiera nublado las luces de la comprensión.

En todo caso, D. Avelino planteaba que se constituyera una Comisión de Iniciativas, para la que proponía al Dr. José María Carrera como presidente. Éste consideraba que la comisión proyectada debía formarse con españoles de todas las provincias, y no sólo con montañeses, «por ser Menéndez Pelayo una gloria nacional», aunque como escribía en *El Diario Español* el que era su director, Justo López de Gomara, «el homenaje debe ser amplio, correspondiendo su organización a los montañeses».

El 2 de junio se celebró en casa de Félix Ortiz y San Pelayo, presidente de la *Asociación Patriótica Española*, una reunión en la que se designó la «Comisión de Iniciativas» que debía formular el plan definitivo de la conmemoración y estar facultada para gestionar todo lo necesario para su realización, con Carrera de presidente y Gutiérrez de vicepresidente. Al día siguiente la Comisión asoció a su labor los nombres de numerosísimas personalidades de la docencia, la política y el arte en una «Junta Consultiva» con dos presidentes, el de la República Argentina y el embajador de España.

¹⁶ Esta carta se recoge en INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA: *Anales. Tomo 1. 1912-1920*, Buenos Aires, 1947. Complementariamente, pueden verse las *Memorias* de la JAE correspondientes a los años 1912 y 1913 y siguientes.

¹⁷ Esta referencia y las que siguen pueden verse en el tomo I de los *Anales* de la Institución Cultural Española, *op. cit.*

El 9 de junio, la Comisión de Iniciativas resolvió proponer a la Junta Consultiva la apertura de una suscripción pública destinada a erigir en Santander un edificio *ad hoc* para la que debía ser la «Biblioteca Menéndez Pelayo», y constituir otro fondo permanente destinado a sostener una Cátedra de Cultura española en algún centro de enseñanza superior argentino. Pero el 19 de ese mes se desestimó la primera de las iniciativas, puesto que ya había sido asumida por la propia ciudad de Santander, en una obra que puede contemplarse hoy en día.

Estas dilaciones condujeron a Avelino Gutiérrez a emprender, a título estrictamente personal, una singular tarea de colaboración con la *Junta para Ampliación de Estudios*. En este caso, no se trataba de llevar cultura española a Argentina, sino ofrecer un donativo de 24.000 pesetas (12.000 enviadas en 1912 y otras 12.000 en 1913) para sufragar, durante dos años, la ampliación de estudios en el extranjero de tres estudiantes españoles de acuerdo con el modelo usual de la *Junta*. Como se recogía en las *Memorias* de la JAE¹⁸: «Cuantos han visitado la República Argentina en misión de cultura, conocen el cariño del donante a su patria de origen y su ferviente anhelo de que ella sea hogar espiritual para las nacionalidades hispano-americanas». Así, durante el curso 1912-1913 se concedió una pensión de Medicina, otra de Literatura y otra de Química para «contribuir privadamente a esta obra de restauración de las fuerzas espirituales de España mediante el contacto con la cultura de otros países».

La donación de Avelino Gutiérrez para sufragar tres pensiones en el extranjero a través de la JAE se vio afectada por la I Guerra Mundial, acortándose los viajes y quedando disponible más de la mitad de los fondos al terminar el conflicto. Aún así, en febrero de 1919 D. Avelino y su hermano Ángel Gutiérrez, también médico en Argentina, escribían a Castillejo enviando un giro por valor de 1.445 libras esterlinas con destino a nuevas pensiones, para «contribuir a la obra magna y verdaderamente patriótica que está realizando esa *Junta*». En este caso, dirigían sus objetivos hacia profesores que viajasen a Inglaterra, Francia e Italia para estudiar «Economía, régimen financiero y transformación de industrias», a la vez que ampliaban el elenco de figuras que inspiraban su donativo¹⁹:

Nos es muy grato poder dedicar estas pensiones en honor y a la memoria del gran patricio y sabio investigador don Joaquín Costa y en homenaje a los sabios investigadores don Ramón Menéndez Pidal y don Ramón Turró.

En enero de 1920, Avelino Gutiérrez visitaba España y era investido Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Madrid. Y, en noviembre de ese año, los hermanos Gutiérrez hacían un nuevo (y singular) donativo en un contexto que desataría no pocas polémicas y que permitiría el acceso de Juan Negrín a la Cátedra de Fisiología en la Universidad Central de Madrid. Ponían a disposición de la JAE, como se hacía constar en sus *Memorias*²⁰, «la cantidad de 5000 pesetas para la organización de un concurso entre los fisiólogos españoles que aspirasen a la Cátedra, sometiéndole al juicio de profesores extranjeros, cuyo voto de calidad podría

¹⁸ JAE: *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913*, Madrid, 1914, pp. 167-169.

¹⁹ JAE: *Memoria correspondiente a los años 1918 y 1919*, Madrid, 1920, pp. 77-84.

²⁰ JAE: *Memoria correspondiente a los años 1920 y 1921*, Madrid, 1922, pp. 105-110.

facilitar las tareas del tribunal de oposiciones y contribuir de manera decisiva a un nombramiento acertado». En todo caso, no consta que la donación llegara a concretarse, mucho menos que la iniciativa condicionase la decisión del tribunal que concedió la cátedra al Dr. Negrín.

Construida finalmente la «Biblioteca Menéndez Pelayo» por el Ayuntamiento de Santander, y al margen de las iniciativas privadas de los hermanos Gutiérrez que se acaban de destacar, al conjunto de la comunidad española en Argentina le quedaba culminar la organización y dirección de la suscripción para la segunda iniciativa propuesta en 1912: la «Cátedra de Cultura Española». La tarea comenzó el 23 de junio de 1912, y, como le contaba Avelino Gutiérrez a González Posada, «la triste impresión de la muerte de Menéndez Pelayo, había provocado un movimiento de unión entre los españoles residentes en la República Argentina, para hacer un homenaje al que fue gloria de la raza, mediante la fundación de una cátedra, a la que serán llamados, sucesivamente, representantes de las ciencias y las letras españolas»²¹.

Pero las gestiones no se llegaron a concretar hasta el 12 de marzo de 1914, período durante el cual Avelino Gutiérrez fue adquiriendo todas las responsabilidades, entre otras cosas por la renuncia del Dr. Carrera.

Ese día 12 de marzo se reunieron en el salón de actos del *Club Español*, además de la Comisión de Iniciativas y su Junta Consultiva, todas aquellas personas que habían expresado su adhesión al proyecto de honrar de forma permanente la memoria de D. Marcelino. Como expresaba Avelino Gutiérrez al abrir la sesión²²:

En definitiva, y así se ha convenido por unanimidad, el homenaje más adecuado a la personalidad de Menéndez y Pelayo, por lo que ha representado en la cultura española e hispanoamericana, debía ser de índole cultural y así, el pensamiento vago llegó a concretarse en la idea de crear en la ciudad de Buenos Aires una cátedra permanente de cultura española.

Una cátedra de tema libre, desempeñada por profesores que habrían de renovarse cada año, bajo el patronato de una asociación civil destinada al fomento del intercambio intelectual hispano-argentino, cuyo proyecto de estatutos se sometía a la Asamblea. Aprobados aquéllos con ligeras modificaciones, y tomadas otra serie de resoluciones oportunas para completar la constitución formal de la asociación, comenzó la vida de la *Institución Cultural Española* de Buenos Aires, a la espera —solamente— de obtener el reconocimiento de su personalidad jurídica por el Gobierno argentino. El Título I de los estatutos sintetizaba el objeto de la que desde entonces se conocería como la *Cultural Española*²³:

La *Institución* tendrá por objeto dar a conocer y difundir en la República Argentina las investigaciones y estudios científicos y literarios que se realicen en España, en cuanto constituyan una expresión de su saber y actividad en todos los órdenes de la cultura. Para alcanzar el expresado fin, la *Institución* pondrá en práctica los siguientes medios:

²¹ JAE: *Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913*, Madrid, 1914, pp. 167-169.

²² Puede verse el tomo I (1947) de los *Anales* de la ICE, *op. cit.*

²³ Los Estatutos de la *Institución Cultural Española* también se reproducen en el tomo I (1947) de los *Anales*, *op. cit.*

- a) Proveer al sostenimiento y dotación de una cátedra que deberá ser desempeñada por intelectuales españoles.
- b) Desarrollar aquellas actividades que se relacionen directamente con el intercambio intelectual de España y la República Argentina.

En esa misma Asamblea del 12 de marzo de 1914 el Dr. Gutiérrez anunciaba que el primer curso de la cátedra versaría sobre la obra de Menéndez Pelayo y estaría a cargo de Ramón Menéndez Pidal, quien ya había aceptado la invitación que le hiciera en nombre de la Comisión Consultiva su secretario, Luis Méndez Calzada, durante el viaje que hizo a España en noviembre de 1912, nada más concebida la idea primicial.

En el Título VI de los estatutos se explicitaba que la cátedra debía funcionar, salvo casos excepcionales, en la ciudad de Buenos Aires, y, sobre todo, que la designación de profesores (los siguientes a Menéndez Pidal), la indicación de sus temas y programas, quedaban a expensas de propuestas en terna a cargo de la *Junta para Ampliación de Estudios*, quien debía procurar que hubiera la mayor variedad posible de temas y disertantes.

Complementariamente, por el Título VII, se determinaba que en caso de disolución de la *Institución*, sus bienes pasarían a la *Junta* o, en su defecto, al Gobierno español, que debería seguir destinando esos fondos a pensiones a favor de estudiantes españoles en países extranjeros.

Por fin, el 4 de agosto de 1914, previo dictamen favorable del Procurador General de la Nación, el Gobierno argentino aprobó por decreto los estatutos y concedió a la *Institución Cultural Española* el carácter de persona jurídica.

La primera «misión» correspondió a un hombre «de Letras», el filósofo José Ortega y Gasset (1915); la segunda a un científico, el matemático Julio Rey Pastor (1917). A ellos les seguirán las misiones —y visitas de diversas índoles que hará suyas la *Institución Cultural*— de Augusto Pi y Suñer (1919), Blas Cabrera Felipe (1920), Adolfo González Posada (1921), Eugenio D'Ors (1921), Manuel Gómez Moreno (1922), Gonzalo Rodríguez Lafora (1923), Américo Castro (1923), Sebastián Recasens (1923), Luis Jiménez de Asúa (1923), Agustín Millares Calvo (1924), José Casares Gil (1924), R. P. Eduardo Vitoria (1924), Luis de Olariaga (1924), Manuel de Montoliú (1925), Luis Jiménez de Asúa (nuevamente, 1925), Pío del Río Horteiga (1925), Ángel Cabrera (1926), María de Maeztu (1926), Hugo Obermaier (1926), Gustavo Pittaluga (1926), José A. de Laburu (1926), Felipe Jiménez de Asúa (1926), José M. Salaverría (1927), Guillermo de la Torre (1927), Enrique Díez Canedo (1927), Esteban Terradas Illa (1927), Luis de Olariaga (nuevamente, 1927), Luis Rodés (1927), Jaime Ferrán (1927), Andrés Martínez Vargas (1927), Luis Sayé (1927), Amado Alonso (1927-1928), Andrés Ovejero (1927), Ramiro de Maeztu (1928), Lorenzo Luzuriaga (1928), José Ortega y Gasset (nuevamente, 1928), Juan Ventosa Calvell (1928-1929), Luis Recasens (1929-1930), Eduardo Bonilla (1929-1930), Enrique Moles Ormella (1930), y un etcétera que, sin embargo, no llegarán a recoger los *Anales de la Institución Cultural Española*, publicados muchos años después²⁴.

²⁴ Información detallada sobre el desarrollo de todas estas «misiones», con resúmenes pormenorizados de los cursos y conferencias impartidos, etc., pueden verse en INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA: *Anales*. Tomo I. 1912-1920, 1947. Tomo II. 1.ª Parte, 1921-1924, 1948. Tomo II. 2.ª Parte, 1924-1925, 1950. Tomo III. 1.ª Parte, 1926-1928, 1952. Tomo III. 2.ª Parte, 1928-1930, 1954, Buenos Aires.

En todo caso, para el verano de 1936 estaba prevista en Buenos Aires la visita de Julio Palacios Martínez, los pasajes del barco emitidos y los visados preparados para él y su mujer, Elena Calleya. La rebelión militar del 18 de julio, como no podía ser de otra manera, desbarató los planes del físico aragonés, que permanecerá en Madrid hasta el final de la guerra.

Pero no adelantemos acontecimientos.

4. La «Cátedra Cajal de Investigaciones Científicas» en Madrid

En 1922 Santiago Ramón y Cajal llegaba a la edad de jubilación y la comunidad científica española se movilizaba con vistas a organizarle un gran homenaje nacional, coordinado por el presidente de la *Real Academia de Medicina*, con el objetivo final de construir y dotar un gran centro de investigaciones biomédicas, heredero del *Laboratorio de Investigaciones Biológicas* creado para él en 1901, y que llevaría su nombre. Aunque, como sucediera diez años antes con el homenaje a Menéndez Pelayo, serían instituciones españolas las que dotasen el nuevo *Instituto*, al homenaje quisieron unirse nuestros emigrados en Argentina, en particular los profesionales de la Medicina y, muy especialmente, el Dr. Avelino Gutiérrez y su entorno, rememorando las iniciativas emprendidas una década antes en torno a D. Marcelino.

Este nuevo proyecto, que tardaría muchos años en materializarse, no estaría dirigido a la construcción de edificios ni a que Argentina recibiera nuevas embajadas cultural-educativas organizadas desde la JAE. Con el precedente de las pensiones en Europa para profesores españoles sufragadas por Avelino y Ángel Gutiérrez, la *Institución Cultural Española* enviaba a la *Junta* el 1 de diciembre de 1922, desde Buenos Aires, el acuerdo para la creación de la «Cátedra Santiago Ramón y Cajal para Investigaciones Científicas. Homenaje de la colectividad española de la República Argentina»²⁵, con objeto de que una primera figura europea de las Ciencias pasase una temporada significativa (hasta tres años) en algún centro de investigación y estudios en España enseñando, con la colaboración de «profesores españoles de la más alta categoría, especializados en la materia de que se trate», a profesores y estudiantes con especialización previa procedentes de centros universitarios españoles y argentinos, las novedades teóricas y experimentales de última hora en sus respectivas disciplinas²⁶.

La iniciativa obligaba, incluso, a cambiar los propios Estatutos de la *Institución*, que se aprobaron el 9 de abril de 1923. Así, en la nueva redacción de su artículo 4, se recogía²⁷:

La *Institución* tendrá también por objeto la fundación y sostenimiento de la Cátedra Ramón y Cajal para Investigaciones Científicas, sea como una Sección del *Instituto de Biología* de Madrid o bien funcionando independientemente de acuerdo con las bases que se establecen en el Título V de estos Estatutos.

²⁵ Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo n.º 154/31.

²⁶ Para los antecedentes de esta iniciativa puede verse INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA: «1922-1923: El homenaje a Ramón y Cajal», en *Anales*, tomo II, vol. 1, 1947, pp. 339-375, 1923; y «Nuevos derroteros. Bases de organización de la cátedra para investigaciones científicas en España», en *Anales*, tomo II, vol. 2, pp. 700-705, 1926.

²⁷ Una copia de los estatutos reformados de la Institución Cultural Española pueden consultarse en el Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo n.º 154/31.

Pero había que resolver dos problemas: ni era fácil decidir qué campo científico debía recibir la dotación obtenida en Argentina, ni iba a ser fácil encontrar esos científicos de talla universal dispuestos a abandonar durante tan largo período sus puestos y ocupaciones habituales en sus países de origen. La primera cuestión se resolvería por analogía y en paralelo con la decisión de la *Fundación de Rockefeller* de dotar un centro de investigación en España²⁸. En ambos casos, la idea original de fomentar la investigación y la docencia en el ámbito de las Ciencias Sanitarias acabaría evolucionando hasta concretarse en ayudas para el centro que con menos medios mayor prestigio había alcanzado durante los primeros años de vida de la JAE: el *Laboratorio de Investigaciones Físicas* dirigido por Blas Cabrera. El segundo problema tendría que resolverse con una interpretación laxa de las normas recogidas en los estatutos: se autorizaba que fueran varios, y no uno sólo, los científicos extranjeros que viajaran a España; se asumía que no serían primerísimas figuras, sino solamente autoridades de cierta relevancia europea; y, por último, se permitía que sus estancias fueran por cortos períodos de modo que no desatendieran las ocupaciones en sus centros de origen.

En ese sentido, podemos leer en una carta del Dr. Avelino Gutiérrez a Castillejo, fechada en Buenos Aires el 19 de marzo de 1926²⁹:

La Cátedra de Investigaciones Ramón y Cajal deben proveerla ustedes como mejor puedan, atendiendo no a la letra, sino al espíritu de los Estatutos y al deseo de su fundador, cual es el de favorecer y hacer investigación científica.

Nosotros en la distancia y al margen de todo conocimiento sobre organización y espíritu que sostiene y vivifica en España y fuera de España los Estatutos de la Investigación, no podemos dar normas ni reglas absolutas: por consiguiente debemos dejarlo librado a ustedes que conocen y, además, tocan las dificultades.

Entre las dos soluciones que Vd. cree más viables, cuales son las de enviar profesores españoles al extranjero para que al lado de investigadores emprendan trabajos sobre determinados puntos y luego, a su vuelta a España, abran curso de investigación sobre los puntos que hubieran estudiado, me parece bueno, pues eso sería abrir cátedra de investigación con elementos propios convenientemente preparados: con lo cual ustedes no se separarían de lo preceptuado en los estatutos.

Los profesores extranjeros de tercera o cuarta categoría ya formados, no serían de los que menos obra hicieran si contarán con el apoyo decidido de los Directores y no se vieran hostilizados por los demás.

Estoy seguro que la *Cultural* aceptará como buena cualquier solución que ustedes den al asunto.

El 22 de octubre de 1928, se informaba al Sr. Ministro de Instrucción Pública de cómo se había resuelto oficialmente el asunto de la Cátedra Cajal³⁰:

En cumplimiento de este honroso encargo, y tras laboriosas gestiones y dificultades, la Junta ha conseguido el consentimiento del eminente profesor Scherrer, de la

²⁸ Sobre este particular puede verse GUTIÉRREZ ZULOAGA, I. y FERNÁNDEZ TERÁN, R. E.: «La Junta para Ampliación de Estudios y la Fundación Rockefeller: de la Sanidad a las Ciencias físicas», en GONZÁLEZ DE POSADA, F. et al. (eds.): *Actas del IV Simposio «Ciencia y Técnica en España de 1898 a 1945: Cabrera, Cajal, Torres Quevedo»*, Madrid, Amigos de la Cultura Científica, 2004, pp. 217-226.

²⁹ Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo n.º 154/31.

³⁰ Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo n.º 154/31.

Escuela Politécnica de Zürich, para hacer en unión del profesor de la Universidad de Madrid D. Julio Palacios, trabajos de Laboratorio sobre la estructura de los átomos mediante los rayos Roentgen: resolución de problemas químico-cristalográficos y otros de interés técnico práctico, por ejemplo, estructura de las fibras de seda artificial, aleaciones, azúcares, etc.; y aplicación de los rayos Roentgen en el estudio de las disoluciones coloidales.

El anuncio para los cursos de la Cátedra Cajal fue publicado en la *Gaceta* el 5 de noviembre de 1928³¹ y a los pocos días los trabajos comenzaron en la Sección de Rayos X de Julio Palacios en el *Laboratorio de Investigaciones Físicas*, referidos a las materias que se adelantaban en el escrito al ministro:

El éxito de la iniciativa animó a prorrogar los trabajos iniciados en el *Laboratorio de Investigaciones Físicas*, a mediados de 1931, una vez trasladados al «edificio Rockefeller» (todavía sin haber sido inaugurado oficialmente), y la JAE hacía pública en la *Gaceta* la convocatoria de la «Cátedra Cajal» para el curso 1931-1932, contando como profesor extranjero invitado, en esta ocasión, con H. Hengstenberg, de Ludwischafen (Suiza)³².

Los responsables del nuevo *Instituto Nacional de Física y Química* incluso se adelantaban a un problema: la ayuda de la *Cultural Española* terminaba en el verano de 1932. Así, tan pronto como el 21 de enero de ese año, Blas Cabrera y Julio Palacios escribían al secretario de la JAE, adjuntando una carta «que los alumnos de la Cátedra Cajal dirigen al Sr. Presidente de la Junta»³³:

Creemos que sería sumamente ventajoso el que la *Junta* consiguiese de los fundadores de dicha Cátedra que la consignación del próximo curso se destinase al fin que en ella se solicita, pues los trabajos de investigación a que fundamentalmente se dedica ahora esta Cátedra se hallan en todo su apogeo y es casi seguro que, con un curso más, quede en España un núcleo de excelentes especialistas en Física de rayos X, mientras que es muy problemático que, en las actuales circunstancias, obtuviesen un provecho análogo en los laboratorios extranjeros los becarios que se envían.

La solicitud de los profesores y colaboradores de la cátedra fue debidamente atendida por la *Institución Cultural Española*. Teniendo en cuenta que se había culminado con éxito la instalación de todos los aparatos en el nuevo edificio, en vez de dedicar la dotación presupuestada a becas para investigadores españoles en el extranjero, durante el curso 1932-1933 continuaron con actividades análogas a las de los años anteriores.

En esta ocasión fueron invitados a participar en la cátedra los profesores J. West y W. Bragg, de la Universidad de Manchester³⁴. Realmente los coloquios de Palacios en los que explicó los «trabajos recientes de los momentos bipolares y también las leyes del ennegrecimiento de las placas fotográficas» fueron las últimas actividades de la Cátedra Cajal, pues la subvención asignada dejó de recibirse en el siguiente curso 1933-1934. Sin embargo, la tarea más importante ya estaba realizada, por lo que su Sección de Rayos X continuó sus investigaciones durante los

³¹ Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo n.º 154/31.

³² «Crónica. La Cátedra Cajal», *Boletín de la Universidad de Madrid*, vol. 3 (1931), p. 552.

³³ Expediente «Cátedra Cajal», Archivo JAE, legajo 154/31.

³⁴ JAE: *Memoria correspondiente a los cursos 1933 y 1934*, Madrid, 1935, pp. 266-267.

años siguientes con la misma intensidad que hasta entonces... mientras que en los meses que transcurrieron hasta el estallido de la Guerra Civil el esfuerzo económico de nuestros emigrados en Argentina de la *Cultural* no pudo llegar a concretarse en una nueva cátedra de otra disciplina.

5. Las relaciones culturales entre España y Argentina ante la Guerra Civil

El 25 de marzo de 1958 escribía desde Lisboa Pedro Sainz Rodríguez a Julio Palacios adhiriéndose al homenaje tributado al físico aragonés con motivo de la concesión a éste del Premio de la Fundación Juan March³⁵:

Una ligera indisposición me impide asistir al merecido homenaje que se le tributa, pero no quiero dejar de expresar mi adhesión con la presente carta que le ruego sea leída en ese acto. No es de ahora mi profunda estimación por la persona y la obra científica de Julio Palacios. Cuando tuve en mi mano la posibilidad de hacerlo le designé para los más altos puestos directivos de la enseñanza y la investigación en el campo de las ciencias a que sus especialidades pertenecen.

Y así sucedió realmente. Tras ocupar José María Pemán y Pemartín (desde octubre de 1936) la presidencia de la Comisión de Cultura y Enseñanza de la *Junta Técnica del Estado*, Sainz Rodríguez, nombrado ministro de Educación Nacional por Ley del 30 de enero de 1938³⁶, dentro del primer Gobierno de Franco, organizó su departamento durante nuestra incivil contienda con algunas de las pocas personalidades del círculo de católicos monárquicos de su confianza que tenían un cierto prestigio: José Pemartín, Alfonso García-Valdecasas y Eugenio Vegas Latapie. Retomaba, de hecho, los propósitos expresados desde la revista *Acción Española*, de donde procederá una parte muy importante de los fundamentos ideológicos del régimen hasta los primeros años cuarenta (aportados por Ramiro de Maeztu, Juan José López Ibor, Víctor Pradera...), y desde el que se hará gran parte de la depuración de los científicos del profesorado universitario (Enrique Súñer, Antonio de Gregorio Rocasolano...)³⁷.

Terminada la guerra en abril, las Facultades, las Academias y los Laboratorios habían quedado en cuadro. En particular, en Madrid serían expulsados del servicio, por Órdenes del 4 y 22 de febrero de 1939, numerosos catedráticos de Ciencias, algunos de los cuales se habían ido exiliando desde 1936: Blas Cabrera (presidente también, hasta entonces, de la Academia de Ciencias), Enrique Moles, Arturo Duperier, Manuel Martínez Risco, Pedro Carrasco, Honorato de Castro, Cándido Bolívar, etc. Otros, como José Barinaga, Miguel Catalán, Fernando González Núñez, Miguel Crespi, etc., que permanecieron en el país, fueron encarcelados o/y apartados. Y es que la Universidad al completo se vio sometida a depuración³⁸.

³⁵ Archivo Julio Palacios, Caja D2, Carpeta «Premio Fundación March», Amigos de la Cultura Científica (Madrid).

³⁶ La *Junta Técnica del Estado*, constituida el 5 de octubre de 1936, presidida por Fidel Dávila, funcionaría hasta ese 30 de enero de 1938.

³⁷ Estas cuestiones se analizan detalladamente en GONZÁLEZ REDONDO: 2002, *op. cit.*

³⁸ Pueden verse GONZÁLEZ REDONDO, F. A. y VILLANUEVA VALDÉS, M. A.: «La depuración de los científicos españoles entre 1936 y 1939. Un caso de estudio: Blas Cabrera Felipe», *Llull. Revista*

En esa tesitura, en abril de 1939 Sainz Rodríguez nombraba a Julio Palacios: 1) vicerrector de la Universidad de Madrid; 2) vicepresidente del *Instituto de España*; y 3) director del *Instituto Nacional de Física y Química*, institución que se constituirá en punto de partida del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*. Realmente, Palacios era el único catedrático de la Sección de Físicas de la Facultad de Ciencias de Madrid que quedaba en España y uno de los pocos en los que tenía confianza el ministro³⁹.

Llegados a este punto, por tanto, no sorprenderán ya los contenidos que aparecen a continuación en la carta de Sainz Rodríguez a Palacios —transcrita sólo parcialmente arriba— que permiten centrarnos en el tema de este trabajo:

... Recuerdo también con verdadera complacencia el éxito de la difícil gestión que le confié en la América Española para lograr la incorporación de los Centros Culturales hispánicos de la Argentina y del Uruguay a la España Nacional.

Efectivamente, ganar para el nuevo Estado a los países hispánicos, a partir de sus centros culturales, constituía una tarea de ninguna manera baladí al finalizar la Guerra Civil española en la primavera de 1939: se avecinaban momentos muy complejos para la reconstrucción nacional en el seno de una previsible nueva guerra mundial. También le corresponderá a Julio Palacios realizar el trabajo y en el marco de esta tarea es donde deberá situarse la nueva fase en las relaciones culturales de España con la emigración española a Argentina y, muy especialmente, su labor para conseguir el retorno a España de dos de nuestras figuras que permanecieron allí durante la contienda fratricida: los catedráticos de Matemáticas Esteban Terradas y Julio Rey Pastor⁴⁰.

Durante los meses finales de 1938, la *Institución Cultural Española* se preparaba para celebrar su XXV Aniversario. En concreto, el 17 de diciembre de ese año la Junta Directiva de la *Institución* decidió crear un Consejo Técnico, integrado por el decano y tres profesores de cada una de las seis Facultades de la Universidad de Buenos Aires, designados por la ICE a propuesta del Rectorado de aquella, y doce vocales nombrados directamente por la Junta Directiva, todos ellos con carácter de «asesores honorarios» de la *Institución*. Su cometido sería el de «recabar dictamen sobre las iniciativas que se relacionan con la difusión de la cultura española y el intercambio intelectual hispano-argentino»⁴¹. A los pocos días el rector enviaba las propuestas, proponiendo a Julio Rey Pastor como representante de la Facultad de Ciencias, mientras la propia Junta Directiva designaba a Esteban Terradas como uno de los doce consejeros.

de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, vol. 24 (2001), pp. 685-703; y GONZÁLEZ REDONDO, F. A.: «La Ciencia española: del encuentro con Europa durante la República a la depuración franquista y el exilio», *Cuadernos Republicanos*, n.º 68 (2008), pp. 101-130.

³⁹ Sobre la vida y la obra de Julio Palacios deben consultarse GONZÁLEZ DE POSADA, F.: *Julio Palacios: físico español, aragonés ilustre*, Madrid, Amigos de la Cultura Científica, 1994; y GONZÁLEZ DE POSADA, F.: «Julio Palacios Martínez», en *Grandes vidas de la España de nuestro tiempo. Vol. 3. Física*, Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces, 2008, pp. 93-146.

⁴⁰ Puede verse ORTIZ, E. L.; ROCA, A. y SÁNCHEZ RON, J. M.: «Ciencia y Técnica en Argentina y España (1941-1949)», a través de la correspondencia de Julio Rey Pastor y Esteban Terradas», *Llull. Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 12 (1989), pp. 33-150.

⁴¹ Información recogida en *Hispania. Revista de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, año XII, n.º 135, p. 15.

Paralizadas las misiones culturales que por mediación de la *Junta para Ampliación de Estudios* habían llevado a Argentina a la flor y nata de las Ciencias y las Letras españolas, la ICE, con el fin de la Guerra Civil avizorándose próximo, iniciaba las gestiones para reemprender la tarea donde se vio interrumpida: con un Julio Palacios que, como veíamos antes, tenía concedido su pasaporte y sacado su billete en julio de 1936.

Las instituciones culturales, como sucede en tantas ocasiones, afrontan sus tareas con la que podría parecer despreocupación por situaciones sociopolíticas tan complejas como la española de los momentos finales de nuestro conflicto entre hermanos, y tan complicadas como la de Palacios, quintacolumnista en el Madrid sitiado y mediador durante los primeros meses de 1939 ante el coronel Casado para la rendición de la capital. Así, el nuevo presidente de la ICE, Rafael Vehils, de visita en «la España de Burgos» durante la Guerra, encargaba a Rey Pastor que contactara con Palacios para ofrecerle la Cátedra de Cultura Española. Así, le escribía el matemático español desde Argentina el 7 de marzo⁴²:

En vista de no haber recibido contestación a la carta que le envié a Valencia, le dirijo ésta por medio de un amigo, que quizás conozca su dirección actual. Le decía en aquella que la *Institución Cultural Española* reitera su invitación para que venga Vd. a dar el curso que desde hace años se viene anunciando, y desea que ahora pueda Vd. aceptar la invitación para el presente año, al mismo tiempo que otros profesores españoles vendrán para dar conferencias en diversas facultades, con el motivo del jubileo de la *Institución*.

El Sr. Rafael Vehils, presidente de la misma, que está en Europa y regresará pronto, desea tener pronta contestación, para organizar su programa. No necesito decirle nada sobre la preparación del público a que se dirigen estas conferencias, siendo conveniente dar un ciclo de índole general, para sumar un público algo numeroso y otro ciclo para especialistas. Vd. ya conoce a algunos jóvenes argentinos y por tanto sabe a qué atenerse.

Como los acontecimientos políticos han llegado a su punto crítico, espero que en pocos días podrá Vd. resolver y contestarme por vía aérea.

Pero a medida que se iban definiendo los ámbitos de poder de los diferentes sectores del bando victorioso, las riendas del Ministerio de Educación Nacional cambiarían de manos. Por Orden de 29 de abril de 1939 cesaba y era apartado de todos sus cargos el monárquico católico del grupo de *Renovación Española* Sainz Rodríguez. Se hacía cargo interinamente de la Cartera el ministro de Justicia, Tomás Rodríguez Arévalo, conde de Rodezno, aunque los asuntos de Educación los llevaría el subsecretario, Alfonso García Valdecasas.

La depuración reglamentaria del propio Palacios (en este caso, mero formalismo) tendría lugar entre el 1 de abril, fecha en la que comienza a solicitar su ingreso y a presentar declaraciones juradas, y el 27 de julio, en que se le rehabilita en su destino «sin imposición de sanción», junto con Ángel del Campo y Ricardo San Juan⁴³. Por otro lado, el 21 de junio se ratificaban todos los nombramientos que le había hecho Sainz Rodríguez. Y es que el papel atribuido por éste al físico aragonés se había asumido en la comunidad científica española de esos primeros

⁴² Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Rey Pastor».

⁴³ AGA, Educación, legajo 32-15052.

meses de reconstrucción, como queda ilustrado en la carta que le enviaba José María Albareda, el 4 de mayo de 1939 desde Vitoria, relatándole su salida de España por Andorra en 1937⁴⁴: «Deseaba felicitarle, además, por su misión rectora de nuestra vida científica. Aún más que Vd. es ésta la que está de enhorabuena».

Desde Argentina Rey Pastor y Terradas elevaron los correspondientes escritos al ministro de Educación Nacional, explicando, tal como exigía la Orden del 18 de marzo, su actuación durante la Guerra Civil y solicitando su reingreso en los puestos que ocupaban antes del 18 de julio de 1936⁴⁵. Pero, a diferencia de los catedráticos que permanecieron en alguna de las dos Españas, pedían conocer en qué condiciones se realizaría su vuelta, pues había situaciones como las de Blas Cabrera (apolítico y buen amigo de ambos) o Miguel A. Catalán (que pasó la guerra en la zona nacional colaborando en tareas docentes y sanitarias, pero sancionado al final del conflicto) que disuadían de cualquier regreso apresurado.

En todo caso, y confirmando el encargo de Sainz Rodríguez, el jefe del Servicio Nacional de Enseñanzas Superior y Media, José Pemartín, aludiendo tanto a «la conveniencia del servicio que ha de realizar como su influencia en los medios intelectuales argentinos», daba el visto bueno al viaje de Palacios el 6 de julio. La autorización del Ministerio de Educación Nacional, firmada todavía «Por Delegación» el 22 de julio de 1939 por García Valdecasas, aclaraba aún más los fines del viaje que confesaría Sainz Rodríguez unos años después⁴⁶:

Vista la conveniencia del servicio que ha de realizar el citado Profesor extendiendo hasta los españoles e hispanoamericanos del otro lado del Atlántico el influjo de nuestros profesores —uno de los medios más eficaces de afianzar la influencia y el prestigio de la nueva España en el mundo—...

La excusa formal del viaje a Argentina (ampliado a Uruguay y previsto completarlo también por otros países como Chile), era ocupar la Cátedra de Cultura Española en Buenos Aires y dictar un «Curso breve de Aerodinámica» en 12 conferencias, tal como debía haber sucedido en el verano de 1936, y al modo en que se había convertido en usual desde la primera visita de Menéndez Pidal con la que se iniciaba la Cátedra en 1914.

La Vicepresidencia del *Instituto de España* convertía a Palacios en responsable de la reorganización de las Reales Academias y de todo lo que había dependido de la *Junta para Ampliación de Estudios*, tarea que le llevaría hasta el verano de 1939. Una vez puestas en marcha (en un estado incipiente y con precariedad) todas las instituciones, ya podía emprender el siguiente de los encargos recibidos. Así, escribía el insigne físico en uno de sus resúmenes autobiográficos⁴⁷:

... Logrado esto, marché, acompañado de mi esposa, a Sudamérica con la misión de reanudar las relaciones con las Instituciones Culturales de Uruguay y Argentina, empresa difícil por la división que la guerra había producido en los dirigentes de

⁴⁴ Archivo Julio Palacios, Caja D2, Carpeta «Profesionales, Albareda».

⁴⁵ Expedientes de Esteban Terradas y Julio Rey Pastor, AGA, Sección Educación, legajos 12573-4 y 15053-4, respectivamente.

⁴⁶ Expediente personal de Julio Palacios, AGA, legajo 32-15052.

⁴⁷ «Currículum Vitae» escrito en 1969, poco antes de fallecer (lo que sucedería el 21 de febrero de 1970), Archivo Julio Palacios, Caja D7.

dichas Instituciones. Sin embargo, conseguí un resultado plenamente satisfactorio porque, sin rozar la política, me limité a dar conferencias de carácter puramente científico, con lo que todos quedaron dispuestos a seguir prestando su apoyo a España, para fines culturales, apoyo que en aquellas circunstancias era más necesario que antes.

Pero aún no había llegado a Argentina cuando, el 10 de agosto de 1939, tomó posesión el nuevo Gobierno de Franco, con José Ibáñez Martín ocupando el Ministerio de Educación Nacional. Éste, aunque había pertenecido también a *Renovación Española* y colaborado en *Acción Española*, resultaba mucho más afín al Régimen que lo que podían ser nunca los monárquicos.

En cualquier caso, la visita de Palacios fue de una gran actividad. Comenzó sus cursos y conferencias en Buenos Aires (donde estaba Rey Pastor), continuando después en La Plata (en cuya Universidad colaboraba Terradas), Rosario y Santa Fe. Pero la situación de los numerosos españoles, de las diferentes *Españas*, dispersos fuera del país era muy compleja, y la de los que se encontraban en Argentina en esos momentos no era una excepción. No es de extrañar que la presencia de Palacios como «embajador cultural» de la España de Franco despertara suspicacias, sospechas y desconfianzas.

Como ejemplo puede valer el caso de José Ortega y Gasset quien, convaleciente aún de la complicada operación de hígado que había sufrido unos meses antes, había llegado a Buenos Aires prácticamente a la vez que Palacios. Ortega tenía previsto «interrumpir el silencio que guardo casi totalmente desde hace ocho años» dictando varias conferencias sobre «El hombre y la gente» en la *Asociación Amigos del Arte*, «donde expresaré lo que he pensado durante un decenio sobre los temas que hoy más nos urgen»⁴⁸. Sin embargo, no llegaría a coincidir [¿no querría?] Ortega en ningún acto con Palacios, como confesaba él mismo en una carta que enviaba a Vehils el 25 de septiembre de 1939, cuando el físico aragonés preparaba su regreso a España⁴⁹:

Excuso decirle con qué superlativo placer asistiría a la comida que, como homenaje, dedican Vds. a Don Julio Palacios. Pero está visto, bien lo sabe Vd., que algún poder misterioso se dedica a impedir que yo manifieste públicamente mis grandes simpatías y mi alta estima hacia este compatriota. Por las razones que Vd. conoce no pude asistir ni a la primera ni a la última de sus conferencias públicas y ahora me encuentro con que la fecha de esta comida coincide con la de mi primera conferencia. Para mí significa esta primera conferencia un grande y primer esfuerzo a que someto mi precaria salud y es casi seguro que saldré de ella fatigadísimo y menesteroso de descanso. He aquí porqué no podré enviar mi cuerpo a ese banquete, rogando a Vds. al propio tiempo que consideren como presente a mi persona.

En esos momentos la misión de Palacios, que estaba previsto que continuase por otras «repúblicas hispánicas» (pues excedía con mucho lo meramente cultural y científico), tuvo que suspenderse al estallar la guerra en Europa, por el temor a que las comunicaciones transatlánticas, desde entonces amenazadas, llegaran a quedar

⁴⁸ Declaraciones efectuadas nada más desembarcar en el puerto de Buenos Aires, publicadas en *Hispania. Revista de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, año XII, n.º 135, p. 3.

⁴⁹ Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Ortega».

cortadas. En cualquier caso, la *Institución* dejaría como tema pendiente «dilucidar lo que proceda hacer con la Cátedra Ramón y Cajal para investigaciones científicas», (que, como veíamos había estado a cargo de Palacios, precisamente, antes de la guerra), y «relacionar el propósito de estimular la vocación científica de los estudiosos argentinos con el fomento de las referidas investigaciones en España y la tendencia actual de organización científica internacional»⁵⁰.

Terminada la estancia de Palacios, Rafael Vehils se dirigía al encargado de Negocios de la Oficina diplomática española en Buenos Aires, Juan Pablo de Lojendio, en los siguientes términos⁵¹:

En nombre de la Junta Directiva de esta *Institución*, cúmpleme dirigirme a Ud. con el ruego de que quiera hacerse intérprete ante el Excmo. Señor Ministro de Instrucción Pública, D. José Ibáñez Martín, de nuestro sentimiento de gratitud por haber autorizado al Profesor de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, Dr. Julio Palacios, para trasladarse a este país y desempeñar en él, en el año actual, la Cátedra de Cultura Española que, bajo el signo de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, venimos sosteniendo desde el año de 1914.

Con la actuación del Dr. Julio Palacios hemos podido reanudar la indicada labor docente interrumpida durante los dos últimos años y nos es grato consignar que la forma como el Dr. Palacios ha desempeñado su cometido ha sido tan brillante que ha conseguido consolidar y robustecer el prestigio que los profesores españoles habían venido ganando en este ambiente año tras año.

Al hacerlo así constar y agradecerle de antemano lo recoja, a su vez, ante el Señor Ministro de Instrucción Pública, me es grato reiterarle la seguridad de mi más alta consideración y la adhesión de esta Entidad.

6. La *Institución Cultural Española* tras la Guerra Civil

Palacios ya estaba de vuelta en Madrid el 28 de octubre de 1939, incorporándose nada más llegar a la sesión de la Junta de Gobierno de la Universidad de Madrid, «siendo felicitado por el Rector en nombre de la Junta por su feliz llegada, así como de los éxitos tan lisonjeros obtenidos con motivo de las conferencias allí dadas»⁵². Sin embargo, la realidad con la que se encontró el ilustre físico español al volver de Argentina distaba mucho de la que había dejado antes del verano.

En ausencia del que José María Albareda había considerado meses antes «el rector de nuestra vida científica» (es decir, Palacios), la reorganización y el reparto de poderes, y la ascensión de recién llegados habían cambiado el panorama, certificándose el carácter irreversible del cambio con la creación del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* por Ley de 24 de noviembre de 1939, precisamente con Albareda como secretario general. Éste, que en medida importante iba a recibir las atribuciones inicialmente otorgadas a Palacios, se refería por escrito a la

⁵⁰ Discurso de Rafael Vehils, pronunciado el 25 de agosto de 1939, y publicado en «Institución Cultural Española. Constitución del Consejo Técnico», *Hispania. Revista de la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, año XII, n.º 135, pp. 15-18.

⁵¹ Copia de la carta enviada a la Embajada, Archivo Julio Palacios, Caja D2, Carpeta «Cartas Varias, Argentina 1939».

⁵² Palabras de Pío Zabala recogidas en el *Libro de Actas* de la Junta de Gobierno, Archivo de la Universidad Complutense de Madrid.

labor precedente del físico aragonés, en su propio informe al ministro, escrito en diciembre de ese año, en los siguientes términos⁵³: «No se ha encauzado nada, y cuando se ha intentado mejor hubiera sido dejarlo: el *Rockefeller*, que se quiso constituir inmediatamente, era a base de institucionistas de los más altos grados, personas venidas del extranjero al Madrid rojo, etcétera. La *Institución [Libre de Enseñanza]* en el poder no hubiese sabido hacer más».

Aunque relegado a una segunda fila por las autoridades, a Palacios le quedaba completar alguno de los objetivos que se había marcado en Argentina: lograr el retorno de Terradas y Rey Pastor. Y es que a Argentina había llevado también el ofrecimiento de diferentes puestos a ambos para que regresaran a una destruida España, abandonando la Argentina comparativamente tranquila anterior a los sucesivos golpes de Estado que llevarán finalmente al poder a Perón. Lo hacía constar en el relato de su viaje escribiendo:

Finalmente, y esto debe considerarse como un éxito importantísimo, convencí a dos eminentes profesores españoles, D. Esteban Terradas y D. Julio Rey Pastor, de que su presencia en España era necesaria en extremo y que debían incorporarse a sus cátedras.

Así, el 12 de diciembre de 1939 el matemático riojano enviaba⁵⁴ «dos renglones de agradecimiento por su interés y su eficacia. Terradas y yo estamos dispuestos a embarcar en los primeros días de enero para llegar a mediados. Mi licencia es más difícil que la suya por varias causas (decano, número de exámenes de ingeniería de que Terradas está libre, etc.) pero confío en arreglarlo todo estos días». Sin embargo, su situación al finalizar el año 1939 queda bastante clarificada con la lectura de la tarjeta postal que enviaba a Palacios el 30 de diciembre⁵⁵:

Supongo en su poder la copia de mi comunicación al *Instituto de España*, y llegado el original a su destino. Nuestro buen amigo Terradas me comunicó la alternativa de telegramas enviados por Vd., el último de los cuales le decidió a embarcar el próximo día 3 en el «Oceanía». Ha tenido que renunciar al *Observatorio* y deben agradecerle el sacrificio. La falta de noticias respecto de mi expediente, sumadas a mis noticias particulares, me hacen suponer que su primer cable a Terradas me es aplicable también por haber alguna dificultad insuperable y esto me hace suspender el viaje en el mismo barco, privándome del placer de tan buena compañía. Con mi cariñosa felicitación anticipada por los nuevos éxitos que tendrá en 1940, reciba un abrazo.

El físico aragonés, tenaz haciendo honor a su origen, y habiendo hecho propio el problema de la recuperación para España de dos de sus más altas personalidades científicas, se dirigía durante la primera quincena de enero al ministro Ibáñez Martín, nada más recibida la tarjeta de Rey Pastor y antes de la llegada a España de Terradas, para acelerar la resolución definitiva de los dos casos⁵⁶:

⁵³ Expediente de José María Albareda, Archivo de la JAE. Cita recogida en SÁNCHEZ RON, J. M.: *Cinzel, martillo y piedra*, Madrid, Taurus, 1999, p. 337.

⁵⁴ Copia adjuntada a Palacios de la carta enviada al *Instituto* por Rey Pastor, Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Rey Pastor».

⁵⁵ Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Rey Pastor».

⁵⁶ Copia sin fecha de la carta enviada, Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Terradas».

Con insistencia que, a veces, ha podido parecer enojosa, he tratado de conseguir la resolución definitiva del asunto de los señores Rey Pastor y Terradas. Nada he conseguido a pesar del gran acierto e interés que puso el Sr. García Valdecasas al iniciar las gestiones y a pesar de las halagüeñas promesas que de Vd. he recibido cuantas veces ha tenido la amabilidad de escucharme.

La tardanza en la resolución ha tenido ya una consecuencia lamentable: el Sr. Rey Pastor me escribió diciendo que, tres días antes de embarcar, suspende el viaje «por la falta de noticias respecto a su expediente». Este fracaso de mis gestiones me ha dejado consternado, no sólo porque el Sr. Rey Pastor es uno de los poquísimos prestigios científicos que nos quedan, sino por el efecto que su resolución ha de producir en Buenos Aires y en todos los medios universitarios.

El Sr. Terradas embarcó ya, según mis noticias, y pronto llegará a España. Para venir ha renunciado a uno de sus puestos en Argentina, y es justo agradecer el sacrificio que hace por puro patriotismo, al que yo le induje para bien de España y con el beneplácito de mis superiores. ¿Es mucho pedir que se resuelva la situación del Sr. Terradas de modo que al desembarcar pueda ya comenzar su labor sabiendo a qué atenerse?

La respuesta del ministro a las insistentes peticiones del ilustre físico fue inmediata y bastante positiva. Así, escribía el 18 de enero⁵⁷:

Inmediatamente que yo conocí la situación de los señores Rey Pastor y Terradas, fueron rehabilitados en sus respectivas Cátedras. Respecto a la resolución definitiva del caso del Sr. Terradas, estimo que es preferible que llegue a España para hallar una solución favorable a su caso en armonía con sus deseos. También sabe Vd. que está en preparación una orden por virtud de la cual y con carácter de generalidad, se autorice a los Profesores especiales requeridos por otros países para que puedan desempeñar allí su función científica sin menoscabar en lo más mínimo sus derechos docentes.

De hecho, con efectos de 1 de diciembre de 1939, el Ministerio resolvía considerar a Terradas y Rey Pastor «reintegrados en el lugar que les corresponde en el escalafón de Catedráticos numerarios de Universidades». Sin embargo, el comienzo de la carta que envía Palacios al ministro el 6 de abril de 1940 constituye una descripción certera de la realidad que le tocaba vivir en la «nueva España»⁵⁸:

Mi querido y distinguido amigo: Al despedirme de Vd. después de la última y larga entrevista que tuvo la amabilidad de concederme, pronunció Vd. una frase que me impresionó profundamente. Me dijo: «recuerde Vd. que ahora gobernamos sus amigos». Confieso que, desde mi regreso de Buenos Aires, han sido tantos los desaires y disgustos que he sufrido, que hubo momentos en que pasó por mi mente la idea de que ocurría todo lo contrario.

A pesar de los cambios experimentados en la política educativa española, a los ojos de la *Institución* Palacios seguía siendo la referencia en la antigua metrópoli, y a él se dirigía su presidente, Rafael Vehils, tanto para informarle de la situación allí de los científicos españoles en su relación con el nuevo Estado, como para

⁵⁷ Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas N-Z, Terradas».

⁵⁸ Copia de la carta enviada, Archivo Julio Palacios, Caja D13, Carpeta «Cartas A-M, Ibáñez».

organizar las visitas a Buenos Aires de posibles nuevos ocupantes de la Cátedra de Cultura española, tarea que formalmente tendría que haber correspondido al CSIC, en tanto que «heredero» de la JAE. Además de tenerle informado sobre las gestiones personales que hizo para encontrar acomodo en la Universidad de Mendoza a Claudio Sánchez Albornoz (quien ya había viajado a Argentina en 1933 invitado por la ICE) el 21 de enero de 1941 escribía Vehils a Palacios:

Desde hace muchos meses no he tenido ninguna noticia del Sr. Albareda y sí solamente una carta que, en su nombre, me dirigió con fecha 18 de septiembre un señor Sánchez Bella, en la que se dolía de que nosotros aquí hubiésemos socorrido al Sr. Del Río Hortega. Tenía yo verdadera preocupación por esto, admitiendo que este socorro nuestro, indirecto como Vd. sabe, pues lo concedemos a petición de la Facultad de Medicina, e ignorando además lo que por la carta del Sr. Sánchez Bella supimos, a saber, la intervención del Sr. Del Río en el asunto del «radio», hubiese podido crear un equívoco entre nosotros y el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*.

En todo caso, debo decirle que el Sr. Del Río Hortega ha realizado aquí un trabajo docente sumamente serio, pero que nosotros hemos marcado una sensible distancia con él, ya que, no por mala fe, sino por un exceso de candor, lo vemos bastante descentrado en sus ideas. Por lo demás, tiene aquí el Sr. Del Río prestigio sobrado como para poder sostenerse cómodamente, sin que necesite ya de ningún nuevo auxilio nuestro.

A pesar de todo, yo habría de rogarle, mi estimado amigo, quisiese Vd. hablar de este asunto con el Sr. Albareda para evitar cualquier confusión y preguntarle también cuáles son sus propósitos para el año actual.

¿Cabe la posibilidad de que el Sr. Albareda venga a dictar un curso sobre la materia de su especialidad? ¿Cabe que lo haga el Sr. Torroja? ¿Podríamos contar con la absoluta seguridad de alguno de ellos para el 1º de agosto? ¿Podríamos contar con el concurso del Estado para los gastos del viaje?

Yo no me atrevo todavía a proponer nada oficialmente antes de conocer el resultado de esa exploración previa que me permito confiarle, contando con su buena y abnegada amistad.

Pero ya nada sería igual y las dos Cátedras de la *Institución Cultural Española* se irían diluyendo hasta desaparecer definitivamente. Por su parte, en enero de 1944 el todavía respetado por el régimen Palacios era enviado a Portugal en misión cultural, en un intento de destruir la «leyenda negra» que pesaba sobre ambos países por su supuesta incapacidad para la investigación científica. Pero en marzo de ese mismo año se pondría punto y final a su colaboración en la tarea de «reconstrucción nacional» de la que se le había ido apartado tras su vuelta de Buenos Aires en el otoño de 1939: por sumarse a los catedráticos monárquicos adhiriéndose al «Manifiesto de Lausanne» de don Juan de Borbón, se le destierra y confina en Almansa (Albacete) y se le destituye de los cargos que le quedaban (por ejemplo, de vicerrector de la Universidad de Madrid, el 23 de marzo)⁵⁹.

Con ello, ciertamente, terminaba una etapa en la historia de la Educación española.

⁵⁹ AGA, Sección Educación, legajo 32-15052.